

mára hasta la médula de nuestros huesos, redujera á pavesas nuestra conciencia, é hiciera de toda Europa lo que hizo con su nefasta autoridad y su terrible política de nuestra feraz España, un desolado desierto. La conquista de Silesia, que tanto y tan duramente le han criticado, fué la conquista de la libertad de conciencia, porque compuesta en su mayor parte de católicos, recibieron todos estos la consagración de su derecho de manos del Rey, educado en el protestantismo y crecido en la filosofía. Despues de la batalla de Strieugan, en 1745, dos mil campesinos quisieron degollar á todos los católicos de la comarca. El Rey se indignó. La tolerancia humanitaria latió en su corazón, el espíritu del siglo se posesionó de su mente, el eterno Verbo Divino asomó á sus labios, é invocando el tema de «amad á vuestros enemigos,» pronunció un discurso, digno eco del sermón de la Montaña, que arrancó las homicidas armas á los dementes fanáticos. De gran memoria como conviene á un estadista; de escasa fantasía como su siglo; de ideas claras más que profundas; de ironía fina y delicada; un cerebro más que un corazón; un carácter servido y á veces mandado por una grande inteligencia; con los poderosos altanero, con los humildes sencillo; del génio y de la ciencia apasionado hasta el delirio; del mérito siem-

pre admirador; en sus versos mediano, en su prosa incorrecto, en su filosofía vulgar y de sentido comun, pero contando sus hazañas, digno de equipararse con César, no solo por la sobriedad del relato, sino por la sencilla y natural modestia; alegre como un héroe antiguo, administrador moralísimo, jurisconsulto distinguido, celoso de que la justicia llegara hasta las últimas clases sociales; tolerante con los juicios de su pueblo, á quien todo lo dejaba decir con tal de que todo se lo dejase á él hacer; entero en la adversidad; sereno en el peligro; reflexivo en sus planes; tenaz en sus propósitos; sobre todas sus cualidades resalta aquella efusión con que abría las fronteras de su reino, las puertas de su palacio, los brazos de su amistad á todos los que algo pensaban, á todos los que algo creían, á todos los que trabajaban por alguna idea, á los filósofos enciclopedistas perseguidos por las preocupaciones y quemados en efígie por los verdugos, á los hermanos Moravos cargados con sus utopías, á los francmasones excomulgados por los papas, á los jesuitas maldecidos de los reyes, á todos los que padecían por alguna creencia: que su frente se eleva sobre todas las frentes, y reverbera y refleja la luz del porvenir, el pensamiento de los siglos futuros, porque su alma ha abrazado con fervoroso entusiasmo la tolerancia universal.

CAPITULO XXX.

LA CRÍTICA RELIGIOSA Y SU INFLUENCIA POLÍTICA.

Los dos hombres que verdaderamente personifican dentro de Alemania la cima de la revolución religiosa en el siglo décimo-octavo, son Eimarus y Lessing. El primero, sobre las tradiciones piadosas, sobre la revelación universal, se levanta á buscar, ya que no en los cielos, sordos á sus evocaciones, en la profunda conciencia, la ley de los espíritus, la religión natural, dimanada de nuestro más íntimo sér, y en armonía con los principios y los derechos de la razón. Y conviene apuntar este fenómeno histórico, pues desde el momento en que la razón busca fuera de las tradiciones religiosas la ley natural de las conciencias, por un movimiento lógico, superior á la voluntad individual, por una fuerza dialéctica, impuesta de propia virtud, buscará también, fuera de las tradiciones políticas, la ley natural de las sociedades. Hoy el principio fundamental de Eimarus, ha pasado á ser un principio vulgar y de comun sentido. Todo hombre medianamente ilustrado, sabe que debe buscarse la religión, no tanto en las re-

velaciones, como en la naturaleza y en la conciencia, de la misma suerte que todo hombre medianamente ilustrado pide á su vez la base de las sociedades, no á las tradiciones, sino á los humanos fundamentales derechos. Pero en siglos apartados de nosotros, en oscuros tiempos, cuesta sobrehumano esfuerzo elevarse á un nuevo ideal, y doloroso martirio comunicar á los empedernidos y á los ciegos, el resplandor de esta luz.

Mas no se contentó Eimarus con expresar las ideas nuevas, atacó también las antiguas tradiciones. En su exaltación guardó pocos respetos á las creencias, y se atrajo enemistades implacables.

Ya comprendía, con solo haber levantado una punta al velo de su pensamiento, que el escándalo iba á ser inmenso. Así, despues de haber escrito resmas enteras para interpretar la Biblia y el Evangelio, guardó receloso, inquieto, como el ladrón sus robos, los productos de sus ideas. La rígida educación de las escuelas luteranas, su estrecho espíritu his-

tórico, su fanático dogmatismo sobre el pecado y la gracia, su repugnancia invencible á todas las inspiraciones de la razon humana, habian hecho del filósofo, que respiraba todo el aire vital de su siglo, enemigo ardorosísimo, exagerado, á veces irreflexivo, de la antigua fé religiosa. Así, en sus fragmentos, sostenia que el bautismo, impuesto por fuerza á los niños, era una usurpacion de los derechos del hombre, de la autoridad de Dios, y del ministerio de la razon; que la Trinidad y sus dogmas, resultan, por más investigaciones sobre ellos intentadas y hechas, dogmas no superiores, sino contrarios á la razon humana; que las penas eternas, infligidas á seres finitos, débiles, ignorantes, ni tienen sentido moral, ni misericordia, ni justicia; que Jesucristo y el Bautista eran dos puros judíos, adscritos al ideal judío, adoradores de un reino material y tangible para su raza, indóciles al yugo romano, conspiradores contra la autoridad de los Césares, enemigos de una aristocracia sacerdotal, si no tan heroica, más política y más sábia que ellos, y á cuyos privilegios, conservados por la tolerancia de los Pretores, atentó Cristo el día de su entrada triunfal en Jerusalén, haciéndose así reo de su justicia, y dentro de la ley escrita, merecedor de su patíbulo. Todo cuanto el cristianismo tiene de más amplio, de más espiritual, de más humano, su reino de Dios opuesto al estrecho reino de los judíos carnales, su exaltacion sobre las frágiles coronas y las limitadas ambiciones del mundo, todo eso débese principalmente á posteriores tiempos, á los afluentes de ideas más filosóficas, á los progresos naturales de la conciencia.

Como se vé, la crítica de Eimarus tenia el sentido de oposicion intransigente al cristianismo, es decir, tenia el sentido de su siglo. El desarrollo dialéctico de las ideas en la historia, es así. La generacion que ha de realizar un término en la serie del progreso humano, es injusta y apasionada, y hasta cruel

con las generaciones anteriores. Cuando nosotros nos embelesamos hasta ver la hermosa perfecta en la Vénus de Milo, y bendecimos á los bienhechores que nos han salvado de las cóleras de los hombres, y del diluvio de los siglos este raro portento, encarnacion del ideal humano en el mármol, apenas podemos comprender, que las primeras familias cristianas, vieran claramente en aquella gracia, en aquella serenidad, en aquella armonía, en la belleza incomparable de la diosa, el rostro deforme de Satanás y de sus ángeles. Pero fué necesario, quizá, ese horror á la naturaleza, á la estética, al arte de los antiguos para crear, con una formidable reaccion de la conciencia humana, el salvador espiritualismo cristiano. Y como en el siglo décimo-octavo se trataba de crear el hombre libre, el hombre en la plenitud de su derecho, todo lazo que ataba el espíritu á lo antiguo, si no se desataba, se rompía, se cortaba con furor y con estrépito. ¡Cuántas creencias, dulces y consoladoras, caian como hojas secas; cuántos manantiales de consuelo se evaporaban despues de haber calmado por siglos y siglos la sed devoradora de lo infinito; cuántas imágenes rientes, verdaderas estrellas en las noches del alma, se borraban y desvanecian del horizonte de nuestras esperanzas; cuántos huérfanos quedaban desnudos, hambrientos, yertos al pié de los altares sin Dios, en el seno de una sociedad sin fé! Pero el espíritu humano rompía sus ligaduras, saltaba sobre sus vallas, deshacia todos los obstáculos, y se lanzaba resueltamente, entre tempestades, á la conquista muchas veces sangrienta de sus imprescriptibles derechos.

El editor que publicó los fragmentos de las críticas de Eimarus sobre el cristianismo, habia de alcanzar un nombre inmortal en ciencias, en artes, en literatura, en crítica, en filosofía religiosa, como precursor de los grandes génios de Alemania. Se llamaba Lessing. Podemos llamarle el crítico por exce-

lencia, de la misma suerte que podemos llamar á su siglo el siglo crítico por excelencia de la historia. El pensamiento que Federico II realiza en la política, lo sostiene con esfuerzo gigante en las letras, Lessing. Tolerancia universal, espíritu humano alzándose puro sobre las discordias de los hombres, revelacion eterna de Dios por medio de las varias religiones, derecho de cada conciencia, de cada sér, á comunicarse libre é íntimamente con su ideal religioso, que en cualquiera de sus formas contendrá siempre lo infinito. Estas ideas valiéronle encarnizados contradictores, nacidos en su mayor parte del seno de la ortodoxia protestante. Y sus contradictores, como todos aquellos que se ufanan de poseer con su fé religiosa la verdad absoluta, lejos de resignarse á refutar las ideas contrarias á las suyas, denuestan, infaman, persiguen, atormentan á los mantenedores de estas ideas, viendo un crimen donde si acaso hay un error, en el seno de las creencias, independientes casi siempre de la humana voluntad, é impuestas al entendimiento por fuerzas superiores á nuestras individuales fuerzas. Para llevar sus ideas al seno de las muchedumbres, para iluminar las conciencias y persuadir los ánimos, eligió Lessing la esfera intermedia entre lo real y lo ideal, eligió la esfera del Arte, y en el Arte aquella manifestacion que más se aproxima á la vida, que más participa de sus emociones y de sus accidentes, la manifestacion del Teatro. Inspirándose como el gran dramático inglés, en los luminosos cuentos y relatos de la literatura italiana, de donde se han sacado asuntos dramáticos, á la manera que se sacan y desbastan hermosos mármoles de las riquísimas canteras de Italia, Lessing, tomó la base de su drama, verdadera apología de la tolerancia, en los célebres cuentos del Decameron de Boccacio. Es el tiempo de las Cruzadas; los judíos, los cristianos, los musulmanes, se encuentran en torno de Jerusalén, la ciudad santa, en donde todos han

bebido la idea de la unidad de Dios, y de donde todos se han separado por rivalidades de raza, más que por motivos de dogma y de creencia. Y sin embargo, aquella comunicacion estrecha entre las razas, siquiera sea una comunicacion por la guerra, por ese elemento destructor y antihumano, enseña una verdad que difícilmente puede ocultarse á la razon natural, y es la verdad clara, pero escondida, sobre todo á los ojos de la supersticion y del fanatismo, la verdad de que todos aquellos enemigos, todos aquellos rivales, todos aquellos guerreros que se odian entre sí, que se persiguen, que se matan, sienten afectos y necesidades comunes, viven de comunes dolores y esperanzas, débiles todos y todos fuertes en las mismas condiciones, hambrientos todos del ideal y todos necesitados de la naturaleza, de su luz, de su aire; sujetos á la muerte, forzados á juntar en la madre tierra los huesos y los átomos que en vida han separado los enemigos dogmas, las religiones enemigas, para despertar tal vez en otra vida y encontrarse allí, que un solo Dios ilumina, y vivifica, y calienta con su luz increada, lo mismo que los mundos y los soles, todas las almas y todas las conciencias.

El patriarca de Jerusalén, es la imagen del eclesiástico intolerante, materialista, avaro, sensual, cargado de preseas y de diamantes, vestido de brocados y de bordados, más atento á que teman, y veneren, y reverencien, y sostengan, y adoren los fieles su persona que su Dios. Saladino, es el sultan que se ha levantado sobre la intolerancia de su religion á un culto más íntimo y profundo de la humanidad y de sus derechos. El jóven templario, nacido en los feudales castillos de Alemania, hijo de sangre real, que ha buscado bajo las palmas de Jerusalén el sepulcro de su Dios, representa el término medio entre la intolerancia del patriarcado y el espíritu efusivo y humano de Saladino. Así es hijo sin saberlo, de un príncipe árabe, hermano del Sultan; y de una rica-hembra germánica,

perteneciente á nobilísima familia. El protagonista del drama, es el judío, precavido y prudente, llamado Nathan. Los furiosos religiosos, el fanatismo intolerante, los cristianos en los ardores de sus guerras, le han consumido su hogar, le han quemado vivos á sus hijos. Al pronto le posee horror implacable al cristianismo; pero más tarde conoce que sobre estas pasiones, debe levantarse la pura inteligencia, la tolerancia pura, y recibe en su hogar, como hija propia, á una hija de sus verdugos, la bella y piadosísima Raquel, educada por su protector en sentimientos más humanos, que los egoístas sentimientos de secta. A este judío, quiere Saladino, en sus apuros, sacarle algún dinero, proponiéndole una cuestión espinosa, á saber: cuál prefiere de las tres religiones monoteístas. El judío le refiere este cuento: Un señor recibió hermoso anillo, al cual iban unidas todas las ventajas de la fortuna y de la vida, é instituyó que aquel de sus hijos que se encontrara en posesión del anillo, fuese el único de sus herederos, con facultad de transmitirlo á sus sucesores. Era ya tradicional en la familia que el mejor entre los hijos de aquellos mayorazgos recibieran el anillo en herencia. Pero en la sucesión de los tiempos, encontráse uno de aquellos señores con que sus tres hijos eran igualmente buenos, igualmente dignos, igualmente honrados; y mandó labrar dos anillos, idénticos al anillo prestigioso, y se los dió á sus hijos. Y muerto el padre, resultó que cada uno de ellos creía tener el verdadero anillo y pedía la herencia única. Y entablaron un pleito, y llevados al tribunal todos los tres anillos, resultaron tan idénticos entre sí, que el pleito no pudo fallarse. Y así como no se ha fallado el pleito entre los tres anillos, tampoco se ha fallado el pleito entre las tres religiones. Saladino, que creía que al judío no le quedaba evasiva, porque declarándose en favor del judaísmo ó el cristianismo, tenía que darle todos sus tesoros por blasfemo; y declarándose en favor del maho-

metismo, tenía que darle todos sus tesoros por converso, quedóse maravillado ante aquella habilidad y prudencia. Y tales consideraciones le persuadieron más y más á la tolerancia, y luego resultó que la hija del judío Raquel, y el templario, eran sobrinos del Sultan, hijos de un su hermano, y que cautivado por la belleza de nobilísima cristiana, había oído antes la voz de sus pasiones, la voz de sus dogmas, en demostración evidente de cómo la naturaleza inmortal junta los seres divididos y separados por las discordias de los hombres y sus diversas religiones.

No se contentó Lessing, á la verdad, con defender la tolerancia en el Teatro, la elevó á dogma en su teoría sobre la educación del género humano. Para el gran pensador la gloria de la humanidad no está, no, en la quieta posesión de la verdad, está en los combates, en las penas que la verdad ha costado. Por eso dice que, si le llamara Dios y le dijese en esta mano tengo la verdad y en esta otra el camino penoso, escabrosísimo, que á la verdad conduce, escoge, escogería el camino de la verdad aun á riesgo de regarle con su sudor y con su sangre. Sí, virtud santificante de la lucha, del trabajo, del dolor, parece que destruyes y creas, parece que abates y exaltas, parece que debilitas y fortificas, parece que eres el signo de nuestra inferioridad y eres la señal esplendente de nuestra grandeza y de nuestra gloria!

Lessing aceptaba la lucha por la verdad para fortalecer su espíritu, como el atleta antiguo aceptaba la gimnasia para fortalecer su cuerpo, y en estos ejercicios del pensamiento encontró la idea que todas las religiones son grados diversos, fragmentos diseminados, matices varios de una misma religión, que ha educado progresivamente al género humano. El ideal religioso no se encuentra contenido en un solo libro, sino en todos los libros que han sostenido, que han consolado á la humanidad en las tristes asperezas de su ruta hácia la rea-

lización del ideal. Así como el trabajo del Oriente no ha podido perderse, ni perderse el trabajo de Grecia y sus filósofos, el trabajo de Roma y sus jurisconsultos, así también el trabajo de las diversas iglesias servirá para esclarecer, para iluminar la conciencia humana. Desde los picos del Himalaya, á los cuales alzan sus brazos suplicantes los padres de los primeros dioses; desde las cumbres del Sinaí, donde aún relampaguea, truena y fulmina el Jehová de Moisés; desde el sombrío Calvario, donde corre la humilde sangre del hijo del Hombre; desde el Hible, que ha visto la cuna de los dioses griegos y que ha escuchado los diálogos del divino Platon; desde el coliseo romano, en cuyas cimas brillaban los géneos protectores de Roma y en cuyo centro hoy abre sus brazos la Cruz que parece alimentarse de las cenizas de los mártires como los árboles de la sávia de los campos; desde las cúpulas de San Pedro de Roma ó de San Pablo de Londres; desde las torres de la iglesia de Worms, que oyeron la protesta del monge Lutero, hasta las torres de la catedral de Colonia, que todavía abrigan la reacción católica, no se descubren los límites últimos ni las últimas señales de la revelación; no se ven ni en lo pasado los confines de los recuerdos religiosos, ni en lo porvenir, los extremos de las religiosas esperanzas; porque así como el libro de los Vedas ha podido ser el libro de la naturaleza, y el libro de los Persas el libro de la luz, y el libro del antiguo Testamento el

libro del Dios Padre, y el libro del Nuevo Testamento el libro del Dios hijo, y el libro de la Reforma el libro del Espíritu Santo, y como el pensamiento humano jamás podrá contar las estrellas ni medir lo infinito, jamás podrá tampoco saber cuántos libros religiosos, reveladores, luminosísimos, vendrán mañana en progresión ascendente á continuar la obra que los otros comenzaron; á embellecer, á santificar el humano espíritu para el cual guardan los cielos en sus profundidades una revelación eterna é incesante.

La idea fundamental de Lessing es que todas las religiones han poderosamente contribuido, aunque en grados diversos, á la totalidad de la educación humana. El espíritu del progreso entraba, pues, hasta en aquellos sitios apartadísimos y sagrados que parecían exceptuarse del movimiento y de la renovación de todos los seres y de todas las ideas. Los santos veían agitarse las hojas de sus inertes libros de piedra al soplo del viento de su siglo; los ángeles veían larvas de nuevas ideas animarse en transformaciones progresivas al calor del fuego de los santuarios. En esta agitación, en estos estremecimientos de la conciencia, engendrúbase altísimo concepto de la dignidad humana. Y siempre que la ciencia eleva la dignidad humana á grandes alturas viene por necesidad una explosión de la conciencia cargada de ideas, y con esta explosión de la conciencia viene por fuerza otra victoria más de la libertad.